

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

10



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1969

ESTRUCTURA Y SENTIDO DEL LENGUAJE

DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE
Universidad de Nuevo León

SUMARIO: 1.—Sentido y Función del Lenguaje —Una Exclusiva de la Persona. 2.—Vida y Lenguaje. 3.—Excelencia y miseria del lenguaje. 4.—El lenguaje como instrumento de perfección y de salvación.

VIVIMOS EN UN ESPACIO DE PALABRAS. Sólo hay verdad a la altura de la palabra. La palabra es mensajera de la verdad. Pero el lenguaje no agota la comunicación concreta. Se da, entre los espíritus encarnados, una experiencia originaria de contacto que es previa a cualquier clase de comunicación indirecta. Trátase de un contacto y de una apertura pre-reflexivos. Dentro de una misma lengua, cada hombre que la habla ha de constituirse un universo articulado en función de valores. El lenguaje esencializa la vida espiritual. No se trata, tan sólo, de un medio para comunicar sucesos, sino de una vida espiritualizada que se realiza en el hablar. "El lenguaje —ha dicho Romano Guardini— no es un sistema de signos de entendimiento por medio del cual entran en comunicación dos hombres, sino que es el ámbito de sentido en que todo hombre vive".¹

1. SENTIDO Y FUNCIÓN DEL LENGUAJE —UNA EXCLUSIVA DE LA PERSONA—

El lenguaje es un instrumento indispensable para que el acto del filosofar pueda verificarse. En soledad, meditando el filósofo, no hace sino hablar íntimamente. No hay vida anímica sin lenguaje y no hay vida humana sin vida anímica. Hablar es expresar el estado del alma, es comunicarse con un

¹ *Mundo y Persona*, p. 203. Ediciones Guadarrama.

“tú” que comprende el comunicado. La operación de hablar, incluye tres elementos: 1) un yo parlante; 2) una comunicación, indicación, o notificación; y 3) un tú que recoge el mensaje. En los monólogos, un tú ideal o uno mismo hace las veces del tú. Cabe también expresar situaciones puramente afectivas como en el caso de las exclamaciones.

El que me escucha dispone de un pensamiento y de una atención que puede voluntariamente fijar en mi comunicado. Sin este presupuesto no habría diálogo. Esto me lleva a concluir que la conversación presupone, en última instancia, a un ser que se posea, un “sui-ser”, es decir, la persona. Porque es justamente la persona quien extrae la unidad de sentido en una comunicación. Esta es, por lo menos hoy, la más reciente y rigurosa filosofía del lenguaje.

En el lenguaje hay significación y sonido. Y no podrían darse conversaciones entre personas si la unión de sonido y significado no fuese unívoca. El medio espiritual y cultural en que hemos nacido nos brinda una lengua. Y con el lenguaje se nos da una peculiar manera de contemplar y valorar las cosas. Esta condicionalidad histórica es insoslayable.

Karl Bühler afirma en su *Teoría del lenguaje* la triple función de hablar: expresión, apelación y representación o significación. La expresión devela en algún modo mi intimidad. La apelación se dirige a un oyente para suscitar en él determinado efecto. La significación dice algo sobre las cosas. En todo hablar van incluidas las tres funciones de expresar, apelar y representar, aunque prepondere alguna de ellas. Julián Marías ejemplifica: “en una interjección o una poesía lírica predomina la expresión; en una voz de mando, la función apelativa; en un enunciado teórico, la representativa...”²

La palabra como sonido, como fenómeno físico, remite a otra cosa. El oyente dirige su atención a otra realidad determinada y nunca se queda con el puro sonido. El lenguaje, en este sentido, es un conjunto de signos. Cuando no se comprende un lenguaje extranjero nos quedamos con el puro sonido de las palabras y asociamos este fenómeno físico a quien está hablando, pero el lenguaje no se cumple en nosotros porque no captamos su intención significativa.

Gestos y sonidos pretenden decir lo que las cosas son. Pero, en rigor, nunca llegan a expresar en plenitud el ser de las cosas. Todo lenguaje es impotente para reflejar con exactitud las vivencias psíquicas. Lo único a que se puede aspirar es a una mayor o menor aproximación. Hay que tener presente que todo sistema lingüístico es una realidad comunal, abstracta, mostrenca. Y mi decir pugna por ser individual, concreto, propio. En este desajuste estriba lo que en el lenguaje existe de frustrado.

² JULIÁN MARÍAS, *Introducción a la Filosofía*, p. 102.

Pfänder ha observado que la proposición expresa el juicio, pero el juicio no expresa la proposición. El juicio anima con pensamiento la proposición que por sí misma está vacía de pensamiento. En este sentido cabe decir que el juicio es lo interior y la proposición es lo exterior. Una misma proposición, en casos diversos, puede expresar juicios muy distintos y un mismo juicio puede ser expresado, en diversos idiomas, con proposiciones diferentes. La corrección de las proposiciones está regida por la gramática; la corrección de los juicios está regida por la lógica. En rigor no cabe decir, sino en sentido traslaticio, que una proposición es falsa.

De manera similar las palabras cobran contenido y significación merced a los conceptos. Pfänder ve en las palabras un poco de apoyo para llegar desde ellas a los conceptos determinados. Y los objetos son los correlatos intencionales de los conceptos.³

Aristóteles llamó “symbola” (signos) a las palabras, y “pragmata” (imágenes) a los conceptos. En su tratado de “interpretatione” afirma que “las voces son primeramente signos de las pasiones del alma, y éstas son imágenes de las cosas”. Posteriormente dijo Santo Tomás que “la voz es signo del entendimiento, y el entendimiento es signo de la cosa”. Pronto se advirtió, sin embargo, que esta aseveración del Doctor Angélico requiere una aclaración. Duns Escoto observó que “la voz es signo, mas no signado; el concepto mental es signado y signo; la cosa es algo signado, pero no signo”.

Los orígenes históricos del lenguaje son muy oscuros. No discurremos, pues, por estos caminos. Tampoco cabe obtener mayor claridad en el problema de determinar la relación entre el fonema y el significado, porque esta relación es esencialmente arbitraria. Existen, eso sí, determinantes físicos, psicológicos y sociales en la evolución del lenguaje. Pero lo que en todo caso interesa dejar bien establecido, es que el lenguaje surge del impulso de comunicabilidad del hombre, de su esencial abertura hacia las cosas y hacia los otros hombres, de su dimensión social.

El lenguaje como conjunto organizado de signos supositivos, o que usamos en lugar de las cosas, es una exclusiva de la persona.

2. VIDA Y LENGUAJE

Para transmitir lo que aprehendemos en el acto ideatorio, el lenguaje resulta imprescindible. En este sentido enunció Guillermo de Humboldt su

³ PFÄNDER, *Lógica*, capítulo primero de la parte primera y el capítulo primero de la parte segunda. Editado por Espasa-Calpe Argentina, S. A.

célebre definición: el lenguaje es "la tarea siempre repetida del espíritu de utilizar sonidos articulados para expresar pensamientos".

Los animales, en su expresión fonética, no carecen de la función emotiva, como lo ha observado Köhler, sino de la función indicativa y de la función representativa. El pensamiento humano busca, intencionalmente, expresarse en palabras. Y por las palabras, podría decirse, se constituye realmente en pensamiento. Pero el lenguaje no expresa tan sólo el pensamiento; es función de la vida íntegra: razón, sentimiento, emoción, acción. No basta, sin embargo, decir que el lenguaje es instrumento y producto de la vida. Es preciso añadir su carácter de actividad lúcida e independiente, su aspecto de ejercicio y obra del espíritu. Para comprender la vida del lenguaje hay que partir, como lo señala Karl Vossler, "de lo concreto a lo abstracto, del lenguaje como creación genial al lenguaje como sistema, del lenguaje como valor autónomo y como fin propio al lenguaje como instrumento, de su ser uno *con* la vida a su funcionar *para* la vida, de su devenir y de su historia a su ser y naturaleza, de su actividad consciente a su automatismo y mecanismo, del comprender endopática e interpretativamente su proceso a determinar explicativamente su persistencia y sus leyes, de su labor de crear, de buscar y de hallar el juego de sus categorías psicológico-gramaticales".⁴

Es preciso recordar, una vez más, que la lengua viviente es lengua de hombres vivientes. Hombres que, por su dimensión histórica, renuevan incesantemente su lengua. Hombres que sobrepasan su personal incertidumbre, al dar vocablos a las cosas; al constituir y asumir su situación en el mundo de las palabras. Alguna vez dijo Nietzsche que los hombres de genio ordinariamente son "nombradores".⁵ Alguien ve de pronto alguna cosa que siempre había estado bajo los ojos de todo el mundo, sin llevar todavía nombre. Y entonces la nombra; y con el nombre confirma un derecho a la existencia. Vivimos en un espacio de palabras, poniendo orden en los vocablos para poner orden en las relaciones humanas. La palabra es mensajera de la verdad. Corresponde a cada hombre buscar y encontrar su vocablo propio y asumir su lenguaje. Sólo hay verdad a la altura de la palabra. Las frases no son sino un testimonio —auténtico o inauténtico— de nuestro ser. No son las palabras quienes mienten; es el hombre quien se traiciona y traiciona a la realidad.

Desde el punto de vista de la antropología filosófica, "el Lenguaje es para el hombre —como lo nota Georges Gusdorf— un medio privilegiado de abrirse un camino a través de los obstáculos materiales y morales para llegar

⁴ KARL VOSSLER, *Filosofía del Lenguaje*, Editorial Losada, p. 129.

⁵ NIETZSCHE, *El gay saber*, 261.

a ser, es decir, a los valores decisivos dignos de orientar su destino".⁶ Mientras haya vida habrá siempre la posibilidad de pronunciar la *última palabra* que afirme nuestra persona y que manifieste el orden. Vivimos, mientras tanto, persiguiendo el ser, ensayando un cosmos que acabe con el desorden de las impresiones y de las cosas. Y es justamente en esta tarea en donde se pone de manifiesto la esencia del lenguaje.

Sin el lenguaje, el hombre no podría revelar plenamente al mundo. Pero esta revelación no es para el mundo, sino para el hombre y para Dios, en último término. No hay lenguaje, sino *entre* hombres. El ser racional del hombre existe en la reciprocidad con el otro. Hablamos para hacernos entender, para desembocar en las cosas, para agregarnos conscientemente a la realidad. Por otra parte andamos en busca de los otros y hablamos con función comunicativa. Quisiéramos —cosa imposible— decir todo a todos. En el encuentro con los demás reordenamos nuestra vida personal, descubriéndonos en una comunión de amor.

Nos expresamos y nos comunicamos. El fondo para esta expresión y comunicación no está dado con el lenguaje. Hablando y escuchando tomamos conciencia de nosotros mismos. La etimología misma de la palabra *con*-ciencia nos hace evocar el desdoblamiento de un ser *con*, la salida de la soledad, la comunicación creadora. Nuestro yo se revela en el mundo de la palabra, al relacionarse con el otro. En esta reciprocidad se edifica la vida personal y se explicita el valor. Sin este descubrimiento del semejante, sin esta comunicación, la vida humana sería imposible. Ahora bien, la comunicación supone la *ex-presión* del hombre, es decir, la acción de salir fuera de sí para instalarse en el mundo y para adherirse a lo real. La palabra es el medio más perfecto de expresión, aunque no el único. El lenguaje de todos está siempre ahí, para que cada uno de nosotros encuentre la palabra de su situación y recupere su estilo personal. Con esa palabra, el hombre, en el movimiento de su destino, impone su sello al ambiente. Palabra de circunstancia, dicha en su contorno geográfico y en un momento histórico que la torna decisiva.

El lenguaje es un puente temporal de comunicación del hombre al hombre; es un entre-dos que nos permite la comunicación, pero que no es la comunicación misma. "No hay frontera fija del lenguaje —observa penetrantemente Gusdorf—, sino fronteras del hombre y toca a cada vida personal llevarlas más o menos lejos en lo que le concierne. El lenguaje es uno de los agentes de la encarnación; en él se corporiza la exigencia del hombre en la lucha por su propia manifestación. La obra humana por excelencia es

⁶ GEORGES GUSDORF, *La Palabra*, Ediciones Galatea-Nueva Visión, p. 40.

esfuerzo de presencia en el mundo y persecución de valores".⁷ ¿Hasta dónde llevar esa frontera movediza del lenguaje? Cada hombre, en su afán de plenitud y de salvación, está comprometido a manifestarse auténticamente, a ser fiel a su vocación. Cabe considerar el lenguaje, en este sentido, como instrumento de perfección y de salvación humana.

3. EXCELENCIA Y MISERIA DEL LENGUAJE

Los sonidos de una palabra nada denuncian acerca del hombre que los pronuncia. La expresión sensible del lenguaje inmediato y simbólico es mucho más rica, en material sensitivo, que el habla espiritual. La palabra espiritualizada se independiza y libera de la intimidad subjetiva; se alza por sobre lo sensible y se convierte en palabra dialógica. Los signos hablados o escritos son signos de nuestra actividad espiritual que se objetiva al comunicarse. Por ellos conocemos indirectamente la situación espiritual de los otros.

El lenguaje nos permite transmitir a los otros nuestros mensajes —pensamientos, sentimientos, decisiones— y nos permite, también, recoger de los prójimos sus expresiones y significaciones. Es claro que la comunicación de las vivencias discurre por moldes prefabricados, convencionales. La peculiaridad individual de la vivencia singular escapa, las más de las veces, a la expresión verbal. La subjetividad más íntima no se deja aprisionar por las mallas del lenguaje abstracto. La totalidad concreta del individuo apenas si se deja entrever en una mirada, en un gesto, en un ademán. Las palabras son, con frecuencia, equívocas, engañosas; lo mismo son mensajeras de la verdad que de la mentira. Abundan las "disputas de palabra" y los "malentendidos". El lenguaje mismo supone un medio de comunicación previo, originario, natural. Algunos le llaman —la denominación no es muy afortunada, por cierto— lenguaje "natural" al que experimenta el niño cuando quiere comunicarse, antes de conocer el lenguaje artificial. Entre los adultos —y es caso ejemplar el de los amantes— se da una comprensión sin palabras. Si no hubiese un "contacto previo" entre los espíritus encarnados, no habría habido nunca lenguaje convencional.

El lenguaje no agota la comunicación concreta. La realidad —apuntaba Bergson hace algunos años— desborda infinitamente los esquemas intelectuales forjados para apresarla, como el poema trasciende al texto encargado de contenerlo. La existencia es medularmente inquieta, móvil, huidiza, frágil. La palabra congela el fluir de mis experiencias vitales y detiene la vida de

⁷ GEORGES GUSDORF, *Opus cit.*, p. 75.

mis pensamientos en un conjunto de fórmulas estereotipadas capaz de producir errores crasos. Todo esto es cierto, pero en determinado sentido inútil, porque el hombre no puede prescindir de la palabra. El pensamiento sin palabras carecería de apoyo y no podría organizarse y progresar hasta constituirse en saber sistemático. Sin el sostén de la palabra no habría tampoco comunicación entre los hombres.

Por las acciones "exteriores" de los hombres conocemos su estado interior. Los signos expresivos de una persona nos llevan al interior de su conciencia. Las expresiones, la mímica, las reacciones exteriores, nos muestran los sentimientos y las voliciones de nuestros semejantes. Por analogía con nuestra experiencia psíquica concreta, inferimos, de los signos expresivos individuales de los otros, su estado interior. El concepto de igualdad esencial entre todos los hombres opera como base de la deducción analógica. Las reacciones corporales son el escenario y el campo de expresión del espíritu. Es preciso, sin embargo, no hacerse demasiadas ilusiones. Hay un círculo vicioso en el método de la analogía que ha sido advertido por el pensamiento más reciente: el conocimiento de los demás depende de nosotros mismos y el conocimiento de nosotros mismos depende de los demás. Además, hay situaciones interiores en los otros que no podríamos inferir por deducción analógica, de vivencias propias, sencillamente porque nunca las hemos experimentado.

Se da, entre los espíritus encarnados, una experiencia originaria de contacto que es previo a cualquier clase de comunicación indirecta. Trátase de un contacto y de una apertura pre-reflexivos. La palabra supone ese contacto y esa apertura entre los espíritus. Con ella comienza la existencia propiamente humana de los hombres que evocan su ser e invocan al ser de los otros. El pasado y el porvenir se abren, por la palabra, a la inteligencia de los hombres. Un nuevo modo de realidad, que escapa a la cautividad del medio, surge ante los parlantes. En el encuentro del hombre —fruto de una originaria coexistencia y no de una casualidad— se van a dar el diálogo, la polémica, el sermón, la charla y el monólogo. Hospitalidad espiritual que beneficia a los dialogantes que intercambian valores comunes.

El lenguaje oral se conserva por la memoria personal y por la tradición. El lenguaje escrito reviste siempre, por su estilo, mayor dignidad que la lengua vulgar. La presencia carnal de la expresión oral, cargada de sentimientos y de tufo humano, se torna, por la palabra escrita, en presencia espiritual, en significación racional. Gracias a la escritura se perpetúan los grandes espíritus. Pero es preciso que el lector reviva todo el sentido personal del autor, restituyendo globalmente su realidad, su voz, su cosmovisión.

No basta considerar al lenguaje como un signo de recordación para quien lo ha forjado y de adopción para sus seguidores. Hay un proceso de inven-

ción del que precisamente emerge el lenguaje como producto. Producto con gran riqueza, por cierto, de composición en sus aspectos fonético, gráfico y semántico. Pero producto insuficiente para expresar el ser o el valer. Más allá de las palabras queda siempre el residuo inapresable del sujeto que piensa, quiere o siente y de las cosas que son o valen. Y sin embargo, la voluntad de comunicación y de manifestación no podrá ser detenida nunca por la doble insuficiencia del lenguaje. La actividad subjetiva que se objetiva en formas —signos, gestos, palabras— es un fenómeno esencial a la vida humana.

4. EL LENGUAJE COMO INSTRUMENTO DE PERFECCIÓN Y DE SALVACIÓN

La palabra —afirmación de la persona— es la puerta que da acceso al mundo del hombre. Supone un complejo ejercicio de conjunto: dispositivos anatómicos y fisiológicos que se prolongan en montajes intelectuales. Al nacer nos encontramos ya con un vocabulario y una gramática. Este depósito sedimentario, que tiene el valor de institución, tiene que ser asumido, encarnado personalmente por cada uno de nosotros, para que se actualice en expresión hablada, con toda la carga individual de intenciones.

Tan importante como es, la palabra no puede servir de base —como algún autor lo quiere— para la definición esencial del hombre. Si decimos: “el hombre es el animal que habla”, bien podríamos también decir: “el hombre es el animal que ríe”, o el “hombre es el animal que guisa y manufactura”. Trátase de propiedades que dimanar directamente de la esencia: espíritu encarnado, animal espiritual. La palabra no tiene un órgano propio y exclusivo. Cuerdas vocales, pulmones, lengua, boca, aparato auditivo y determinadas estructuras cerebrales prestan su concurso para la función. Todo esto es cierto, pero no decisivo. Lo decisivo no es la función orgánica, sino la función intelectual y espiritual que pone de manifiesto una originaria vocación humana.

En tanto que el animal vive subsumido en el contorno, el hombre interpone entre el contorno y él un conjunto de *signos supositivos* —palabras— que usamos en lugar de las cosas. Gracias a la palabra podemos escapar a la coerción del instante. Y esto es de fundamental importancia, porque nos permite tomar posición más allá de las situaciones fugaces. Abstraída de la situación, la palabra humana nos permite estar en la seguridad de la distancia y de la ausencia, ante elementos estables de la realidad. Los animales permanecen en un mundo de sensaciones y de reacciones sin llegar jamás al universo de ideas y de designaciones. Universo humano, a la medida del

hombre, sólo puede haberlo con notaciones objetivas y con índices de valor. Nuestras actitudes condensan la realidad y remodelan el contorno para el establecimiento del universo humano. Vivimos en un mundo de sentido. Las intenciones valorizan las denominaciones.

La lengua es instrumento de perfección y de salvación humana. Con ella nos expresamos y nos comunicamos. Hablamos a los otros y nos hablamos a nosotros mismos. Damos un nombre a las cosas, definiéndolas. Frente a la pesadez y espesura del mundo, la palabra humana aclara perfiles y hace que fulguren esencias. Por la lengua penetramos las reconditeces del prójimo y nos hacemos transparentes. Instrumento de unión y de diálogo, la lengua, en su relación inmanente con el orden, recrea el uni-verso, e ilumina las huellas y las imágenes del Supremo Hacedor. Por la lengua nos individualizamos, afirmamos nuestra personalidad. Hay una serie de posibilidades, en el lenguaje establecido, que reclaman su realización. Estamos comprometidos a ser veraces en un mundo histórico que se renueva constantemente. Afirmarnos permanentemente en la veracidad es un imperativo ético. Nunca debemos hablar por hablar. La palabra, cuando es verdaderamente humana, comunica la armonía, manifiesta el orden, proclama nuestra condición de criaturas de Dios. Lo mismo expresa la tristeza de las cosas —“*lacrimae rerum*”, “*Weltschmerz*”—, que la alegría de la creación. El eco de las cosas —su resonancia y su consonancia— lo escuchamos en la palabra que revela, que alumbra, que compone, que recrea...

De nosotros depende establecer una justa adecuación entre las palabras y las cosas. El lenguaje nos insta a usar las palabras acomodándolas a la realidad. Servirse de la lengua para decir mentiras es atentar contra la palabra humana misma, es desnaturalizar nuestra vocación de hombres. El que se sirve de la lengua para encubrir o desfigurar la realidad no es decente ni digno. No importa que se haga profesión de saber y de comunicar este saber a los demás. Se puede ser una figura “interesante” y de aguda inteligencia, sin dejar por ello de ser sofista. El sofista no es un contemplativo o “amigo de mirar” la verdad, sino un retórico que habla para que se le aplauda y para que se le pague, con vistas al éxito y a la clientela. Utiliza la palabra para hacer de ella un instrumento de poder, de la fortuna, y con frecuencia del engaño. Al dar la espalda a la verdad absoluta, concluye que todo es verdad para quien sabe argumentar, o que nada es verdad para el que no sabe. En moral, en religión, en política, el sofista agita a su antojo las pasiones del populacho, hasta confundirlo en sus nociones del bien y del mal, de lo falso y lo verdadero, de lo útil y lo nocivo. Con él, la filosofía —o para ser más precisos, lo que se cree que es la filosofía— sufre tremendo descrédito. Y no se piense que el sofista es tan sólo un tipo humano que perte-

nece a un país —Grecia— y a una época histórica —siglo V a. de C.—. Aun en nuestros días nos han invadido esa turba de impostores que trafican con cosas tan respetables como la razón y la verdad. No advierten estos malabaristas de la palabra que la teoría de la verdad relativa conduce a la falsedad absoluta, pues que hay poca distancia entre afirmar que no hay más que verdad aparente y el decir que no hay verdad alguna. En labios de los sofistas, la palabra humana pierde todo sentido.

El lenguaje es algo eminentemente dialógico, social. Vehículo natural de la cultura, el lenguaje es uno de los mejores medios humanos de unión y un modo de ser hombre y de ser culto. Conservar nuestro idioma y expandir su conocimiento y literatura es contribuir a extender nuestro estilo colectivo de vida.

Dentro de una misma lengua, cada hombre que la hable ha de constituirse un universo articulado en función de valores. Su palabra debe transcribir el valor de la vida, tornándose, por eso mismo, valiosa. Toda palabra, al ser pronunciada, lleva implícita una promesa humana. En este sentido cabe decir que la palabra mide la autenticidad personal, nos compromete. La cifra de nuestra vida personal es leída, por los otros, en nuestra palabra en acto. La palabra humana, para que sea plena, ha de ser una garantía del ser íntimo y una afirmación del hombre en el núcleo de la ambigua realidad. Ante las circunstancias indecisas y en presencia de un porvenir que es riesgo y que es incertidumbre, el hombre de palabra formula una profecía —válgame el término—, traza un camino y va tras de su anticipación elegida.

SITUACIÓN FILOSÓFICA DEL ESTRUCTURALISMO

DR. FRANCISCO BUCIO PALOMINO
Universidad de Nuevo León

PARCE TRATARSE DE UNA SIMPLE CONSTATAción: la realidad tiene una estructura...; cuanto hay no puede permanecer siendo sino porque está estructurado. Convertida en afirmación, cuanto en ella se dice parece ser del todo sencillo: ningún ente es amorfo, siempre tiene una fisonomía y ésta tiene su razón de ser (la que le da solidez y consistencia) en un arreglo de sus partes, las cuales, al quedar solidarizadas, ofrecen por resultado la unidad de aquél. La cuestión de la estructura vendría siendo por consiguiente la misma que la de la unidad del ser, o más bien dicho de los entes. El tono de "trascendental" que tiene la constatación acerca de la unidad de los entes lo tiene también la afirmación sobre la necesidad de su estructura. O si se quiere, la constatación que se hace a nivel fenoménico de la unidad de un ente *supone*, como condición de su posibilidad, la afirmación de su estructura. Lo que condiciona la unidad de un ente como un todo cerrado hacia dentro es el hecho que "por dentro" aquél mantiene sus partes estructuralmente articuladas. El hecho aludido no es de pronto aprehendido como tal, sino solamente *postulado*. Y la postulación de la estructura llega a ser así del mismo orden trascendental (en el sentido que confiere a este concepto la escolástica) que la unidad misma: el ser se concretiza cada vez como unidad gracias a la estructura interna que cada ente "debe" tener.

La indivisión interna que, por ser unitario, cada ente debe tener, se hace patente en su distinción con respecto a todos los demás (ens... indivisum in se, divisum a quolibet alio, enunciaba la referida escolástica). Para ser diferente a todos los demás, en esta precisa y fundamental alteridad, cada ente "necesita" de una estructura, aquella que, por mantenerlo bien integrado, le impide disolverse en lo que no es él-mismo. El "no ser otro" sino "ser sí-mismo" le dura al ente por su estructura; y es la estructura la que, al preservar la